



Sí, se puede, pero... ¿se debe?

Hélan Jaworski

Director de Palestra / Presidente de la Comisión Organizadora de la Facultad de Gestión y Alta Dirección de la PUCP

Síntesis: La estrategia más publicitada en la actualidad para luchar contra la incertidumbre imperante parece ser la búsqueda de métodos que aumenten la confianza en nosotros mismos, el conocido “sí, ¡se puede!”. Aunque es indiscutible el valor del pensamiento positivo, la duda surge cuando nos preguntamos, en situaciones de ausencia o deterioro de principios y valores, quién define lo que es positivo, moral y socialmente aceptable. Es importante comprender que este “sí se puede” se fundamenta en la confianza del saber y de la preparación, y que, además, está condicionado al respeto de las normas, la ética y las convenciones

Vivimos una época de enorme inseguridad y de carencia de certezas. El remedio más publicitado pareciera ser aumentar la confianza en nosotros mismos, afirmar que somos capaces y que podemos. En este proceso, se pierde paulatinamente la cuestión de si debemos hacer todo lo que podemos. No es un trabalenguas, bien mirado es una encrucijada diaria de hondas connotaciones éticas.

Comencemos por pensar rápidamente sobre la seguridad. El tema es amplísimo y se ha extendido desde la dimensión global, internacional, regional y nacional hasta nuestro entorno cercano, seguridad ciudadana, local, familiar y personal. En este momento, para cada uno de los niveles señalados, hay una multitud de estudios, políticas, pautas e instituciones especializadas en cuidar y vigilar estas formas de seguridad.

La angustia y el miedo conviven con nosotros desde épocas remotas y primordiales. Desde todas las culturas, los mitos, los hechizos y las religiones han tratado de proveernos de la necesaria seguridad para enfrentarlos, con el apoyo de antídotos, ejemplos y testimonios de conductas y emulación de personajes, para ayudarnos a combatir el desamparo y la tendencia a paralizarnos, y a darnos seguridad para “poder” enfrentar lo que pueda venir.

Sin embargo, como lo han señalado desde hace largos años médicos y psicoanalistas -hasta calar en el sentido común popular-, el origen del miedo y de la angustia está y reside en la personalidad individual. Por razones muy diversas -que pueden ser traumas en la niñez, inestabilidad familiar, defectos en la formación, desaparición de referentes morales estables, debilidad en las estructuras educativas, entornos laborales altamente competitivos, ausencia de estabilidad en el empleo, obligada movilidad residencial y consecuentes desarraigos y muchas otras razones, culminando con una gran angustia frente al futuro-, las poblaciones de la era postindustrial transitan en todo Occidente presas del estrés y de la inseguridad.

Nuestro país no escapa a este sino. Peor aún, se ha generado un peligroso círculo vicioso entre las inseguridades personales, reforzadas por la pobreza, la exclusión y la inestabilidad; y las inseguridades sociales, el desmoronamiento de las estructuras institucionales, la baja credibilidad -cuando no ausencia- del Estado y la pérdida de paradigmas que inviten al compromiso. Solamente así puede entenderse la vocación de escape, de huida, que se expresa en la ilusión migratoria de tantos ciudadanos y en el repudio concreto a los partidos y grupos políticos que en democracia debieran ser el mecanismo de expresión de los intereses y el instrumento para alcanzar las expectativas de los ciudadanos.



En el Perú de hoy el futuro es visto por muchos con miedo y angustia, no atrae y no vale la pena. Mejor vivir sólo el presente. Las consecuencias: inseguridades, cortoplacismo y lucha por el “logro” personal, que los demás “se las arreglen”.

Veamos el segundo elemento, “¿qué es lo que podemos?” Como la inseguridad afecta y debilita toda la acción de la persona y la lleva a vacilar, a no decidir, a aplicar criterios arbitrarios, mentir o refugiarse en el escamoteo, escapar o esconderse tras terceros, a lo largo de las últimas décadas se ha buscado la cura desarrollando métodos que modifiquen estos tipos de conducta y provean a la persona con reflejos positivos, sobre todo (en una aproximación organizacional) para reforzar su eficiencia y productividad. El convencimiento se tradujo en la fórmula de “elevar la autoestima”, “desarrollar el liderazgo personal”, “tú, ¡sí puedes!”, y a cualquier edad enraizar el convencimiento de que todo lo que se quiere se puede obtener. Este voluntarismo activo, volcado didácticamente, se ha expresado en charlas, seminarios, talleres de motivación y centenas de miles de publicaciones de vasta difusión (que cubren de las librerías a los supermercados).

Rascando un poco aparece claro que aunque se trata de “poder”, en el sentido de algo que es posible, la deriva hacia “poder” en el sentido de dominación es inevitable. Esto se traduce operativamente en la incitación al ejercicio de un liderazgo restrictivamente individual, que garantice “superarse”, “estar motivado” y “salir adelante”. El “sí, ¡podemos!”, cuando se usa, por el contrario rescata un sentido solidario, colectivo y más democrático.

Es indiscutible el valor del pensamiento positivo o afirmativo. Los buenos resultados han permitido construir una teoría y una legión de seguidores. Aunque con frecuencia el impacto sea de corta, cortísima duración. La duda surge cuando nos preguntamos, en situaciones de ausencia o deterioro de principios y valores, quién define lo que es positivo, moral y socialmente aceptable. Y el colofón lo pone, naturalmente, la pregunta sobre si debemos hacer todo lo que podemos.

¿Todo es permisible? Al parecer sí, si todo es relativo y si, en última instancia, quien decide soy yo. Pero dónde quedan entonces las ideas sobre “sentido de equipo” y sobre todo de solidaridad. Porque si la elección y la decisión son individuales, “los demás” se pierden, desaparecen y el líder puede ver su misión pero ignorar la repercusión de las acciones que “lidera” sobre el conjunto y el entorno, natural y social.

Ciertamente, la presentación del proceso nunca aparece así de brutal. El líder motiva, el líder estimula, el líder orienta, el líder escucha, pero con frecuencia el grupo o el equipo resultan sólo un referente. Para “poder”, un nuevo elemento, no tan reciente como se puede pensar, reside en afirmar “que la Fuerza (o la Energía) está conmigo” convirtiendo esta fórmula en un vigoroso apoyo emotivo y mental.

Hay un claro registro de osadía, de desafío en el “sí, ¡se puede!” proclamado a los cuatro vientos, pero se supone que tiene una base, que no se trata de un salto al vacío sino de una afirmación con base en la confianza del saber y de la preparación, en la certidumbre construida alrededor de la experiencia, en el conocimiento de las posibilidades y en los recursos disponibles.

Tenemos de un lado el condicionamiento moral sobre si todo lo que se puede es lícito y permisible; del otro se encuentra la evaluación “por resultados”. De no ser así, se trataría de una apuesta regida por el azar y la eventualidad, que puede hacer muy riesgoso el futuro.



¿Quieren un ejemplo?: ¿Qué ocurrirá con la autoestima nacional si la selección nacional de fútbol colocada bajo el eslogan de “sí, ¡se puede! no rinde de la manera deseada? ¿Si lo aplicamos al caso del TLC andino con los Estados Unidos? O, más bien, ¿reforzamos una negociación paciente, firme e inteligente?

El dilema no es nuevo, la receta tampoco. ¿Podemos bucear en la literatura para establecer la antigüedad del aforismo “querer es poder”? En política sobre todo, el voluntarismo tiene una negra y poco tranquilizadora trayectoria. Trayectoria que en muchos casos está asociada al populismo, a la improvisación, a la ausencia de bases ideológicas serias, también a la inseguridad de quienes se mueven empujados por la ansiedad o hambre de poder.

Cierto, querer algo ardientemente es un inigualable estímulo para “hacer”, para actuar de la manera más eficiente para lograrlo, pero otra vez, a condición de que lo buscado sea posible respetando las normas, la ética y las convenciones. Si no es así, vuela todo, incluida la vida democrática, incluido el “*fair play*” y las reglas del juego en la economía, la protección de los recursos y la sostenibilidad del desarrollo nacional.

En resumen, probablemente todo se puede, pero a condición que no se violen principios ni valores, que rijan y sean respetados (o enforzados) códigos y normas de conducta civilizada y democrática de modo de evitar lo que lamentablemente estamos atestiguando día a día: la caída en pendiente hacia la vigencia de una irrestricta “ley de la selva”.